

The book cover features a watercolor-style illustration of an elderly man with white hair and a beard, wearing a dark jacket, leaning over a young woman with long, wavy brown hair. The woman is resting her head on her hand, looking down with a somber expression. The background is a soft, hazy landscape with a small sailboat on the water in the distance. The overall color palette is muted, with earthy tones and soft blues and greens. The text is overlaid on the illustration.

Stefan Zweig

Incidente en el  
Lago Lemano

**E** LEJANDRIA



Stefan Zweig

Incidente en el  
Lago Lemán

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# INCIDENTE EN EL LAGO LEMAN

**STEFAN ZWEIG**

**PUBLICADO: 1919**  
**FUENTE: FADEDPAGE**  
**TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

## INCIDENTE EN EL LAGO LEMAN

A orillas del Lago de Lemán, cerca de la pequeña ciudad suiza de Villeneuve, en una noche de verano del año 1918, un pescador que había remado su barca hacia el lago advirtió en medio del agua un objeto extraño, y al acercarse reconoció un embarcadero formado por vigas sueltas, en el que un hombre desnudo, en torpes movimientos, intentaba impulsarse hacia adelante con una tabla que usaba como remo. Asombrado, el pescador se acercó, ayudó al agotado a subir a su barca, cubrió de forma precaria su desnudez con unas redes y trató de hablarle al hombre, que, temblando de frío y acurrucado en un rincón de la barca, respondía en una lengua extraña, de la cual ni una sola palabra se asemejaba a la suya. Pronto, el prestador de auxilio desistió de cualquier otro intento, recogió sus redes y remó con mayor celeridad hacia la orilla.

A medida que, con la luz temprana, se delineaban los contornos de la ribera, el semblante del hombre desnudo comenzó también a iluminarse; una risa infantil brotó de la maraña de su barba, una mano se alzó señalando hacia el otro lado, y, de forma repetida, entre preguntas y afirmaciones casi seguras, balbuceó una palabra que sonaba a "Rossiya", y cuyo tono se volvía cada vez más dichoso, cuanto más se acercaba el quilla a la orilla. Finalmente, la barca rechinó al encallar en la playa; las parientes femeninas del pescador, que aguardaban la "presa" mojada, se dispersaron chillando, como en los tiempos de las doncellas de Nausícaa, al ver al hombre desnudo en la red de pesca; y, atrayendo lentamente la extraña noticia, varios hombres del pueblo se congregaron, a quienes poco

después se les había asignado de modo consciente y con sello oficial el valiente "weibel" del lugar. Por diversas instrucciones y la amplia experiencia adquirida en tiempos de guerra, tuvo claro de inmediato que se trataba de un desertor, que debía haber nadado desde la orilla francesa, y se dispuso a interrogarlo oficialmente, pero este torpe intento pronto perdió dignidad y valor al comprobarse que el hombre desnudo (a quien, mientras tanto, algunos lugareños le habían arrojado una chaqueta y un pantalón corto) respondía a todas las preguntas repitiendo, cada vez con mayor nerviosismo e inseguridad, su interrogante "Rossiya? Rossiya?". Algo irritado por su fracaso, el "weibel" ordenó, mediante gestos inconfundibles, que el extraño le siguiera, y, arrastrado por la ya despertada juventud del pueblo, el hombre, empapado y sin ropa en las piernas, fue llevado al edificio municipal y allí puesto bajo custodia. No se resistió, no dijo palabra, solo que sus ojos, antes brillantes, se oscurecieron de decepción, y sus anchos hombros se encorvaron como abatidos bajo un golpe temido.

La noticia de aquella captura humana en el agua se había difundido ya hasta los hoteles cercanos, y, alegre por una insólita anécdota en la monotonía del día, algunas damas y caballeros se acercaron para contemplar al hombre salvaje. Una dama le ofreció dulces, los cuales él dejó de lado con recelo, un caballero tomó una fotografía, y todos charlaban y reían a su alrededor, hasta que, finalmente, el encargado de un gran hostel, que había vivido largo tiempo en el extranjero y dominaba varias lenguas, se dirigió sucesivamente al ya bastante asustado hombre en alemán, italiano, inglés y, finalmente, en ruso. Apenas escuchó el primer sonido de su lengua natal, el asustado se enderezó, su rostro bondadoso se abrió en una amplia sonrisa de oreja a oreja, y de forma repentina y segura, relató toda su historia. Era larga y muy enrevesada, y en sus detalles no siempre era comprensible para el intérprete ocasional, pero en esencia el destino de aquel hombre era el siguiente:

Había combatido en Rusia, y un día fue embolsado junto a mil otros en vagones y llevado muy lejos, luego vuelto a embarcar en barcos y llevado aún más tiempo a través de países donde hacía

tanto calor que, según él, los huesos se cocinaban en la carne. Finalmente, fueron desembarcados en algún lugar, embolsados nuevamente en vagones, y de pronto se vieron forzados a asaltar una colina, de la cual no supo nada más, porque al principio le había alcanzado una bala en la pierna. Para los oyentes, a quienes el intérprete traducía palabra por palabra, quedó claro de inmediato que este refugiado pertenecía a aquellas divisiones rusas en Francia que habían sido enviadas a la línea del frente francés desde media tierra, desde Siberia y Vladivostok, y despertó en todos, junto con cierta compasión, la curiosidad por saber qué le había impulsado a intentar tan extraña fuga. Con una sonrisa que era a la vez benévola y astuta, el ruso contó que, apenas recuperado, había preguntado a las enfermeras dónde quedaba Rusia, y ellas le indicaron la dirección, cuya imagen aproximada había conservado gracias a la posición del sol y de las estrellas, y que por ello se había escapado en secreto, vagando de noche y escondiéndose de las patrullas en montículos de paja durante el día. Comió frutas y pan mendigado durante diez días, hasta que por fin llegó a ese lago. Entonces sus explicaciones se volvieron más imprecisas; parecía que, procedente de las cercanías del lago Baikal, había supuesto que al otro lado, cuyas líneas ondulantes veía en la luz del atardecer, debía situarse Rusia. En cualquier caso, había sustraído dos vigas de una cabaña y, recostado sobre ellas, con la ayuda de una tabla usada como remo, se había aventurado mar adentro, donde fue encontrado por el pescador. La inquieta pregunta con la que concluyó su confuso relato, preguntando si al día siguiente podría ya estar en casa, provocó, apenas traducida, una carcajada por su ingenuidad, que pronto dio paso a un compasivo lástimo, y cada uno depositó a su alrededor unas monedas o billetes.

Mientras tanto, por medio de una llamada telefónica desde Montreux, apareció un alto oficial de policía, que con no poca dificultad redactó un acta del incidente. Porque no solo el intérprete casual resultó ser insuficiente, sino que también quedó patente la inaudita ignorancia, inabarcable para los occidentales, de aquel hombre, cuyo conocimiento sobre sí mismo apenas superaba su

propio nombre, Boris, y que apenas podía ofrecer, respecto a su pueblo natal, descripciones muy confusas, por ejemplo, que eran siervos del príncipe Metschersky (dijo "siervos", aunque hacía ya una eternidad que se había abolido esa servidumbre) y que vivía a cincuenta verstas del gran lago junto a su esposa y tres hijos. Entonces comenzó el debate sobre su destino, mientras él, con la mirada aturdida, se encorvaba en medio de los discutidores: unos opinaban que debía ser remitido a la embajada rusa en Berna, otros temían que tal medida implicara un retorno a Francia; el oficial de policía explicaba la complejidad de decidir si debía tratarse como desertor o como extranjero sin papeles; el escribano municipal del lugar rechazaba desde un inicio la posibilidad de que ellos tuvieran que alimentarlo y alojarlo. Un francés exclamó airadamente que no se le debían dar tantas vueltas a un miserable fugitivo, que debía trabajar o ser enviado de regreso; dos mujeres insistieron vehementemente en que él no era culpable de su infortunio, que era un crimen enviar a personas de su tierra a un país extranjero. Pronto, de manera fortuita, se amenazaba con desencadenarse una disputa política, cuando de repente un anciano, un danés, intervino enérgicamente y declaró que él pagaría el sustento de aquel hombre durante ocho días, y que mientras tanto las autoridades establecerían un acuerdo con la embajada, una solución inesperada que satisfaría tanto a las partes oficiales como a las privadas.

Mientras la discusión, cada vez más acalorada, se desarrollaba, la mirada tímida del refugiado se alzó gradualmente y se posó inmutablemente en los labios del encargado, el único en medio de aquel tumulto de quien él sabía que podía comprenderle su destino. Con un aire opaco parecía percibir el torbellino que su presencia causaba, y sin darse cuenta levantó, cuando el estruendo de las palabras menguó, ambas manos en señal de súplica hacia él, como lo hacen las mujeres ante una imagen sagrada. El gesto conmovedor de aquella súplica conmovió irremediabilmente a todos los presentes. El encargado se acercó afectuosamente para tranquilizarlo, diciéndole que no debía tener miedo, que podría quedarse allí sin ser molestado, que en el hostel se le garantizaría lo

necesario por el tiempo venidero. El ruso quiso besarle la mano, pero el otro, alejándose de inmediato con gesto de rechazo, le indicó el edificio contiguo, una pequeña granja del pueblo donde encontraría cama y alimento; le pronunció nuevamente unas cálidas palabras de consuelo y, despidiéndose con un gesto amable, subió la calle hasta su hotel.

El refugiado lo observó inmóvil, y a medida que el único que comprendía su lengua se alejaba, su rostro, que había mostrado ya cierta iluminación, se volvió nuevamente sombrío. Con la mirada perdida lo siguió hasta llegar al hotel situado en lo alto, sin prestar atención a los demás que admiraban y se burlaban de su extraña figura. Cuando, por fin, alguien lo tocó con compasión y lo guió al interior del hostel, sus pesados hombros parecieron derrumbarse, y con la cabeza agachada entró por la puerta. Le abrieron el salón de bebidas. Se arrimó a una mesa a la que la moza, en señal de saludo, le colocó un vaso de aguardiente, y permaneció allí, con la mirada perdida, sentado inmóvil durante toda la mañana. Incesantemente, los niños del pueblo espiaban por la ventana, reían y le gritaban algo —él no levantaba la cabeza. Los que entraban lo miraban con curiosidad; él seguía sentado, con la vista fija en la mesa, con la espalda encorvada, tímido y retraído. Y cuando, al mediodía, una multitud llenó el salón con risas, cientos de palabras giraban a su alrededor, que él no comprendía, y, aterrorizado por su extrañeza, quedaba ensordecido y mudo en medio de aquel movimiento general, y sus manos temblaban tanto que apenas pudo levantar la cuchara de la sopa. De repente, una gruesa lágrima recorrió su mejilla y cayó pesadamente sobre la mesa. Con timidez miró a su alrededor. Los demás se dieron cuenta de ella y, de repente, guardaron silencio. Y él se avergonzó: inclinó su pesado y desaliñado rostro cada vez más hacia la fría madera negra.

Hasta el anochecer permaneció sentado así. La gente iba y venía; él ya no los sentía, ni ellos lo notaban: como un pedazo de sombra, se sentaba en el rincón del fogón, con las manos pesadamente apoyadas sobre la mesa. Todos lo olvidaron, y nadie se percató de que, al caer el crepúsculo, de pronto se levantó y, de forma opaca

como un animal, emprendió el camino de regreso al hotel. Durante una hora y dos, permaneció ante la puerta, con el gorro devotamente en la mano, sin cruzar la mirada con nadie: por fin aquella extraña figura, inmóvil y oscura como un tocón de árbol ante la entrada refulgente del hotel, echó raíces en el suelo, y uno de los mozos se le acercó; y llamó al encargado. Otra vez surgió una pequeña luminosidad en el rostro sombrío del refugiado, al escuchar su voz.

—¿Qué quieres, Boris? —preguntó el encargado con benevolencia.

—Perdón, —balbuceó el refugiado—, solo quería saber... si puedo volver a casa.

—Claro que sí, Boris, puedes volver a casa —sonrió el interlocutor.

—¿Ya mañana?

Entonces el otro se volvió serio. La sonrisa se desvaneció de su rostro, tan suplicantes fueron las palabras.

—No, Boris... aún no. Hasta que la guerra termine.

—¿Y cuándo? ¿Cuándo terminará la guerra?

—Dios sabe. Nosotros, los hombres, no lo sabemos.

—¿Y antes? ¿No puedo irme antes?

—No, Boris.

—¿Es así?

—Sí.

—¿Todavía quedan muchos días?

—Quedan muchos días.

—¡Pero me iré, señor! Soy fuerte. No me cansaré.

—Pero no puedes, Boris. Aún hay una barrera entre nosotros.

—¿Una barrera? —preguntó con la mirada vacía. La palabra le era extraña.

Luego volvió a decir, con esa peculiar obstinación suya: —Cruzaré nadando.

El encargado casi sonrió. Pero le dolió, y explicó con suavidad: —No, Boris, eso no es posible. Una barrera significa tierra extraña. La gente no te dejará pasar.

—¡Pero yo no les hago daño! He tirado mi rifle. ¿Por qué no me dejarían ver a mi mujer, si se lo ruego por Cristo?

El semblante del encargado se volvió cada vez más serio. En él surgió amargura. —No —dijo—, no te dejarán pasar, Boris. La gente ya no escucha la palabra de Cristo.

—¿Pero qué se supone que debo hacer, señor? ¡No puedo quedarme aquí! La gente no me entiende, y yo a ellos.

—Ya aprenderás, Boris.

—No, señor —inclinó profundamente el ruso la cabeza—, no puedo aprender nada. Solo sé trabajar en el campo; no sé otra cosa. ¿Qué se supone que debo hacer aquí? ¡Quiero volver a casa! ¡Muéstreme el camino!

—Ahora no hay camino, Boris.

—Pero, señor, no me pueden prohibir volver a ver a mi mujer y a mis hijos. ¡Ya no soy soldado!

—Te pueden prohibirlo, Boris.

—¿Y el zar? —preguntó de repente, temblando de expectativa y reverencia.

—Ya no hay zar, Boris. La gente lo ha derrocado.

—¿Ya no hay zar? —teñía de incredulidad su mirada hacia el otro. Una última luz se apagó en sus ojos, y, muy cansado, dijo: — ¿Entonces no puedo volver a casa?

—Todavía no. Debes esperar, Boris.

—¿Mucho tiempo?

—No lo sé.

Cada vez su rostro se oscurecía más en la penumbra. —¡He esperado tanto tiempo! No puedo esperar más. ¡Muéstreme el camino! ¡Quiero intentarlo! —exclamó.

—No hay camino, Boris. En la frontera te detendrán. Quédate aquí, te encontraremos trabajo.

—La gente no me entiende, y yo a ellos —repitió obstinadamente—. ¡No puedo vivir aquí! ¡Ayúdame, señor!

—No puedo, Boris.

—¡Ayúdame por Cristo, señor! ¡Ayúdame, no lo soporto más!

—No puedo, Boris. Nadie puede ayudar al otro ahora.

Se quedaron en silencio mirándose. Boris jugaba con el gorro en sus manos. —¿Por qué entonces me sacaron de la casa? Dijeron que debía defender a Rusia y al zar. Pero Rusia está lejos de aquí, y tú dices que el zar... ¿cómo dijiste?

—Derrocado.

—Derrocado —repitió, sin comprender—. ¿Qué se supone que debo hacer ahora, señor? ¡Quiero volver a casa! Mis hijos claman por mí. ¡No puedo vivir aquí! ¡Ayúdame, señor! ¡Ayúdame!

—No puedo, Boris.

—¿Y nadie puede ayudarme?

—Nadie, ahora.

El ruso inclinó la cabeza aún más, y luego dijo, de repente, con voz opaca: —Te doy las gracias, señor—, y se dio la vuelta.

Muy lentamente, emprendió el camino de bajada. El encargado lo observó largamente, maravillado de que no se dirigiera al hostel, sino que descendiera por las escaleras hacia el lago. Suspiró profundamente y volvió a su trabajo en el hotel.

Por casualidad, la mañana siguiente el mismo pescador encontró el cadáver desnudo del ahogado. Había colocado cuidadosamente en la orilla los pantalones, el gorro y la chaqueta que le habían regalado, y se había metido al agua, como si emergiera de ella. Se levantó un acta del suceso y, dado que no se conocía el nombre del extranjero, se colocó sobre su tumba una sencilla cruz de madera, una de esas pequeñas cruces sobre destinos anónimos con las que hoy Europa se ve salpicada de cabo a cabo.

**FIN**

1. [Incidente en el lago Lemán - Stefan Zweig](#)
2. [Incidente en el lago Lemán](#)

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**